

En Londres se encontrarían todos y allí tuvieron que acomodarse a una realidad difícil, amparados en ayudas escasas, despiertos y vigilantes a cuanto pudiera contribuir a su supervivencia. Gorostiza, sin embargo, se encontró con otro buen amigo, Blanco White, quien le abrió las puertas de algunos ingleses, en especial las del poeta Thomas Campbell, a cuya casa y en cuyas tertulias asistió y quien le facilitó, igualmente, la posibilidad de publicar algunas colaboraciones en inglés, en revistas inglesas. Durante casi un año Gorostiza vivió en medio de dificultades y penurias, siguiendo en ello los mismos avatares y problemas que el resto de las más de mil familias españolas instaladas en el pequeño barrio londinense de Somers Town.

Fue un período de reflexión y creación literaria, que permitió a Gorostiza revisar algunos supuestos personales, entrar en contacto con personajes, ideas y corrientes literarias, analizar y comentar sus propias posturas e incluso ordenar, revisar y preparar la edición de sus obras, lo que hizo en Bruselas, en 1824, así como iniciar los esquemas de algunas obras nuevas que publicaría poco después. Se cuenta, por ejemplo, que el argumento de su comedia más conocida, representada y comentada, *Contigo pan y cebolla*, es reflejo de una situación familiar, en la que participó él mismo y su hija Luisa, pretendida en Londres por un caballero de cierta alcurnia y escasos recursos.

Es necesario avanzar más deprisa en la descripción de su vida. En Londres vamos a asistir a la gran transformación personal, el hecho fundamental que devolverá nuestro personaje a su país de origen y le abrirá horizontes inesperados y brillantísimos, que iba a llenar con resolución, energía, inteligencia y coraje. Manuel Eduardo de Gorostiza, forzado por las circunstancias o quizás como consecuencia de un proceso de recuperación de su identidad personal mucho más largo, llegó al convencimiento de que tenía que dar por cancelada su etapa española, para ponerse al servicio de México y convertirse plena y totalmente en ciudadano mexicano.

Tenía treinta y cinco años, estaba en plena madurez intelectual y aparecía físicamente entero y fuerte, aunque las secuelas del bayonetazo francés le obligaban a una cierta inclinación y encorvamiento prematuro. Fue una gran suerte que, en Londres, se encontrase con sus viejos amigos Michelena y Rocafuerte, recién llegados también a la capital del imperio británico. Sus conversaciones con Michelena, jefe de la misión, que incluía a Rocafuerte como segundo, a Murphy que pronto seguiría a París para instalarse varios años allí y otros cuatro o cinco empleados, debieron ser frecuentes y resultaron muy provechosas para ambos. Michelena escribiría en seguida a México solicitando de Lucas Alamán, también amigo de Gorostiza, y a la sazón ministro de Asuntos Exteriores, que se accediera a la petición de nacionalidad de Gorostiza y la extensión de un permiso que le posibilitara el regreso inmediato a México.

Ésta fue, al parecer, la primera intención de Gorostiza, tomar a toda su familia y marcharse a vivir a su país de nacimiento, del que sólo tenía vagos recuerdos pero del que había oído hablar tanto a todos sus amigos.

El texto del documento por el que Gorostiza solicita la concesión de nacionalidad, así como su aspiración a entrar al servicio de México, está escrito con donosura, gracia y estilo y puede servir como síntesis autobiográfica de nuestro personaje.

Serenísimo señor:

Nací en Veracruz el 13 de octubre de 1789, donde mi padre se hallaba a la sazón de Gobernador y donde yace enterrado. Vine a España de edad de cuatro años y apenas alcancé la prevenida por la ordenanza, entré a servir como cadete. Capitán ya de granaderos cuando la invasión francesa, hice enseguida una gran parte de la guerra de la independencia y creo que con alguna distinción: tuve, sin embargo, que retirarme al cabo: porque ni mis heridas, ni la endeblez de mi constitución física, me permitieron continuar en ejercicio tan activo.

Desde entonces, no he tenido otro carácter público, ni lo he solicitado. Sin embargo, he sido bastante dichoso para haber podido, desde mi rincón, servir la causa de la libertad europea, ya como mero ciudadano, ya como escritor. Debo también, a entrambas circunstancias, la honra de que se me haya proscrito en mi patria adoptiva y de que se me haya confiscado cuanto tenía.

Creo, señor, que V.A. habrá adivinado desde luego el por qué me he creído obligado a importunar su atención, con unas menudencias tan insignificantes, como lo son, en efecto, cuantas tengan relación conmigo. Ausente treinta y un años hace, de mi verdadera patria y sin contar en ella ni un pariente, ni un amigo, ni una pulgada de arraigo ¿podía yo ser tan neciamente vano que me figurara bastar sólo el que yo me firmase, en esta exposición, para que V.A. supiese quién se la dirigía? No, señor, no creo que vale tanto mi oscuro nombre y, por eso, y únicamente por eso, me he atrevido a entrar en aquellos detalles.

Mexicano, pues y rotos hoy los vínculos que me ligaban a la que fue cuna de mis padres, mi deber y mis principios, juntamente, me impelen a ofrecer a la República, por medio de V.A. mi homenaje y mis estériles votos, aunque ardentísimos, por su futura prosperidad. Dígnese V.A. admitirlos. Nada pido, porque, no habiendo podido hasta ahora emplearme en nada en servicio de mi patria, a nada tengo derecho. Pero si ella cree que mis débiles talentos pueden serla de alguna utilidad, disponga de ellos, y de mi vida como guste. No me ha quedado ya otra cosa que ofrecer en sus aras. Tampoco puedo hacer menos.

Nuestro Señor guarde a V.A. muchos años.

Londres, 10 de julio de 1824.

No se sabe a ciencia cierta si fue Michelena, con el consejo de Rocafuerte, o por convencimiento repentino de Gorostiza, pero el hecho es que a los pocos días Michelena solicitaba de sus superiores en México, primero, que aceptaran su solicitud, y enseguida permiso para incorporarle a su misión y encargarle algunas gestiones. La primera de ellas fue inmediata y consistió en pedirle que se trasladara a Bruselas para empezar de inmediato los contactos pendientes al reconocimiento de México por los Países Bajos.

Sus conocimientos, sus relaciones personales y de amistad, el dominio de idiomas y las indudables dotes personales y diplomáticas del recién nacionalizado, eran virtudes que Michelena no podía desaprovechar. Y así Gorostiza, quizá sin haberlo pretendido conscientemente, iniciaba una nueva etapa en su vida, marcada por los viajes frecuentes, los encuentros diplomáticos, las entrevistas con comerciantes y políticos, los informes reservados, la negociación y el compromiso como actividad ordinaria de todos los días.

Sus gestiones duraron largos años, ya que en esta tarea, incluido su paso por Londres como sucesor de Michelena y Rocafuerte, permaneció hasta 1833, fecha de su viaje y regreso definitivo a México. Durante ocho largos años estuvo casi permanentemente en Bruselas y en Londres, y realizó viajes por el continente que le llevaron a Frankfurt, Hannover, Berlín, Munich, Hamburgo, París, Bremen y un intento fallido de llegar hasta San Petersburgo.

En todas partes sus gestiones tenían la misma finalidad y se desarrollaron según pautas similares. Se trataba de romper el cerco diplomático con el que España tenía encerrada a Hispanoamérica, para obtener, en primer lugar, la iniciación de contactos comer-

ciales, el derecho de navegación para los buques con bandera mexicana, firmar acuerdos de intercambio y relaciones especiales, que generalmente culminaban con el nombramiento de cónsules en las ciudades respectivas, y seguir más tarde con el intento de un reconocimiento diplomático en toda regla, la firma de un tratado de amistad y comercio y la total normalización de relaciones.

Cuestiones, todas ellas, difíciles de lograr. En Europa seguía en pie y se mantenía con firmeza la Santa Alianza, de la que España formaba parte y los imperios centrales, Austria y Rusia, seguidos de los reinos grandes, Prusia y Francia, pero también de los Estados periféricos como Países Bajos y Suecia, no podían desentenderse de las exigencias y deseos del rey español, tan empeinado todavía, por esos años, en mantener sus derechos sobre las provincias de ultramar, incluso de vez en cuando sus esporádicos intentos de reconquista.

Poco a poco la guerra de América fue rindiendo frutos positivos y la independencia se extendió por doquier. Colombia consiguió un inicial reconocimiento y México, limitado y atado a los avatares propios de su especial proceso de independencia, primero con Iturbide y posteriormente ya en la República, seguía los pasos de Colombia y trataba, desde Londres, convertido en cabeza de puente diplomática, de conseguir algunos resultados.

La responsabilidad principal de esta tarea recaía en Michelena, apoyado a fondo por Rocafuerte. Michelena era un político sagaz, curtido en las Cortes españolas, preparado y capaz, pero no hablaba inglés y de ahí su necesidad de contar siempre con Rocafuerte, así como su alegría al encontrarse en Londres con Gorostiza. Ellos en Londres y sus dos agentes estrella, Murphy en París y Gorostiza en Bruselas y desde ahí el resto de Europa, fueron los artífices de un rosario de tratados y acuerdos, que se fueron elaborando y pudieron llegar a firmarse, en Londres y en las demás capitales europeas, a lo largo de esos años. En todos ellos la intervención de Gorostiza fue capital, desde la iniciación de las conversaciones hasta la firma de los documentos finales.

Michelena y Rocafuerte tuvieron problemas políticos derivados de la inestabilidad ministerial en México y los frecuentes cambios presidenciales. La movilidad de las Cámaras, las luchas y enfrentamientos entre fracciones y la política interna salpicaba de dificultades la gestión de los diplomáticos. Regresó a México Michelena y poco después también tuvo que seguir Rocafuerte el mismo camino.

Ésta fue la ocasión para que el flamante cónsul general de México ante el reino de los Países Bajos pasara a ocupar la Embajada de México en Londres, coincidiendo con la restauración en Francia, la firma del tratado con este país, la iniciación de contactos y relaciones con el Vaticano y el vuelco total de los países de la Santa Alianza, coincidente con los últimos meses de vida de Fernando VII y el reconocimiento generalizado de México por la mayoría de las capitales europeas.

El regreso de Gorostiza a México llegaría en un momento de máximo triunfo personal y de un reconocimiento general a su brillante carrera diplomática.

¿Qué sentiría este hombre de cuarenta y cuatro años, al observar a lo lejos la línea de la costa y las almenas de San Juan de Ulúa, a la entrada de Veracruz, acodado sobre la borda del barco que le devolvía a su tierra natal, después de una ausencia de cuarenta años?